

METODOLOGÍA ECUMÉNICA SEGÚN LA ENCÍCLICA “UT UNUM SINT”

I. LA IGLESIA ES UNA

Para valorar de la encíclica *Ut Unum Sint*, del 25 de mayo de 1995, conviene señalar, en primer lugar, la convicción exe­gética y dogmática de que la Iglesia es y debe ser una. Porque, aunque sean muchas las comunidades cristianas que a sí mismas se presentan ante los hombres como la verdadera herencia de Jesucristo, «una enim atque unica a Christo Domino condita est Ecclesia» (UR 1).

La voluntad de Cristo es clara. En el discurso de despedida, antes de su sacrificio en la Cruz, Jesús ruega al Padre para que «todos sean una misma cosa como tú, Padre, estás en mí y yo en tí, para que también ellos estén en nosotros y el mundo crea que tú me has envidado» (Jn 17, 21). La unidad de la Iglesia deriva del mismo misterio trinitario y está intrínsecamente vinculada a la salvación de todos los hombres.

Así, el Decreto sobre el Ecumenismo (UR), de acuerdo con mismo esquema dogmático de la Constitución *Lumen Gentium* (LG), después referirse a la voluntad salvífica de Dios Padre y al hecho de la encarnación del Hijo unigénito para regenerar al género humano y congregarlo en la unidad, indica que el mismo Señor Jesús «envió el Espíritu que había prometido, por medio del cual congregó al pueblo de la Nueva Alianza, que es la Iglesia, en la unidad de la fe, de la esperanza y de la caridad» (UR 2). Cristo inauguró en la tierra el reino de los cielos. Y consumada la obra que el Padre

confió al Hijo en la tierra, fue enviado el Espíritu Santo en el día de Pentecostés, «para que indeficientemente santificara a la Iglesia, y de esta forma los que creen pudieran acercarse al Padre por Cristo en un mismo Espíritu (cf. Eph 2,18)» (LG 4).

Por ello, la Iglesia hace presente en el misterio el reino de Cristo y, al mismo tiempo, «recibe la misión de anunciar el reino de Cristo y de Dios, de establecerlo en medio de todas las gentes y constituye en la tierra el germen y el principio de este reino» (LG 5).

De este modo, por su fundamento trinitario, por la realidad sacramental que constituye y alimenta su propia vida sobrenatural y por la misión salvífica que se dirige a todos los hombres de todos los tiempos, la Iglesia es y debe ser siempre una y única:

«Este es el misterio sagrado de la unidad de la Iglesia en Cristo y por Cristo, obrando el Espíritu Santo la variedad de dones. El supremo modelo y supremo principio de este misterio es en la trinidad de personas la unidad de un solo Dios Padre e Hijo en el Espíritu Santo» (UR 2).

La Declaración de la Unidad de la Iglesia, presentada y aceptada por el Movimiento ecuménico en la Asamblea Mundial de Camberra de 1991, desarrolla las mismas ideas e insiste en la necesaria unidad y unicidad de la Iglesia, verdadero anticipo de la comunión de la creación, de la humanidad y de unos con otros con Dios:

«Según las Sagradas Escrituras, el designio de Dios es reunir a toda la creación bajo el señorío de Jesucristo, en quien, por el poder del Espíritu Santo, todas las cosas se hacen una con Dios (Ef 1). La Iglesia es el anticipo de esta comunión con Dios y de unos con otros. La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo hacen que esa Iglesia Una viva como señal del Reino de Dios y como sierva de la reconciliación con Dios, prometida y ofrecida a toda la creación. El objetivo de la Iglesia es unir a la humanidad con Cristo en la fuerza del Espíritu, manifestar la comunión en la oración y la acción y, de este modo, resaltar la plenitud de la comunión con Dios, con la humanidad y toda la creación en la gloria del Reino»¹.

¹ *Hacia la Koinonía en la fe, la vida y el testimonio*, n. 18, 1.1.

Se comprende que el Papa afirme también de modo rotundo que «*Cristo llama a todos sus discípulos a la unidad*», que «los creyentes en Cristo no pueden permanecer divididos (n. 1)² y que, por lo tanto, «con el Concilio Vaticano II la Iglesia Católica se ha comprometido *de modo irreversible* a recorrer el camino de la acción ecuménica, poniéndose a la escucha del Espíritu del Señor, que enseña a leer atentamente los «signos de los tiempos» (n. 3).

Pero antes de desarrollar la metodología ecuménica expresada en el capítulo primero de la Encíclica y que fundamenta «el compromiso ecuménico de la Iglesia Católica» (cap. I), debemos concienciarnos una y otra vez del escándalo que supone el mantenimiento de la división de las Iglesias.

II. EL ESCÁNDALO DE LA DIVISIÓN DE LAS IGLESIAS

Los católicos, tal vez más que los miembros de otras confesiones, nos hemos acostumbrado a aceptar sin discusión la plenitud, la perfección y la santidad de nuestra Iglesia y a complacernos en la seguridad nacida de esta profunda convicción. Creemos sinceramente que nuestras propias tradiciones derivan legítima y directamente de los mismos orígenes de la Iglesia. Vemos la universalidad, la catolicidad y la apostolicidad de nuestras propias estructuras. Estamos convencidos de responder adecuadamente a la voluntad de Cristo, de mantener y de transmitir de modo completo el depósito de la fe, de vivir en nuestra vida sacramental la plenitud de los medios de salvación y de responder con generosidad al mandato de Cristo de predicar el Evangelio íntegro a todos los pueblos de la tierra.

Es decir, los fieles católicos estamos excesivamente satisfechos de nosotros mismos, de nuestra propia Iglesia y de nuestra manera de vivir la fe cristiana. Nos cuesta ver que la desunión de las Iglesias es una realidad objetiva y lacerante que contradice directamente la voluntad de Cristo y que constituye ante el mundo un escándalo permanente que deslegitima el posible valor de nuestro testimonio cristiano. Nos

² Citaré siempre la Encíclica con el número del párrafo correspondiente.

cuesta ver y aceptar nuestra propia responsabilidad ante el tema de la evidente desunión de los cristianos.

El Evangelio proclama un mensaje de amor universal y de caridad fraterna, especialmente entre aquellos que participan de un mismo bautismo. Pero por desgracia la historia de las relaciones entre las diversas Iglesias y denominaciones es un ejemplo de lo que no debe ser, de lo que no debiera haber sido.

El Evangelio proclama un mensaje de salvación. Pero la historia de las interpretaciones teológicas de este mensaje es una historia de anatemas, de exclusiones mutuas y de malos entendidos. La interpretación del Credo, el desarrollo del dogma, la teología y los mismos «factores no teológicos» han favorecido a lo largo de la historia todo tipo de visiones parciales y de exclusivismos.

Por último, ante los innumerables ojos que contemplan desde fuera la fe cristiana, la división de las Iglesias, su falta de entendimiento, su lucha por conseguir mejores y más altas cotas de prestigio, ¿no puede ser indicio de una voluntad de poder ajena al espíritu evangélico?. El Concilio Vaticano II es absolutamente lúcido en este punto y constata el antitestimonio que deriva necesariamente de la división de las Iglesias:

«Esta división es abiertamente contraria a la voluntad de Cristo, es un escándalo para el mundo y daña a la santísima causa de la predicación del Evangelio a todos los hombres» (UR 1).

Las afirmaciones del documento de Camberra sobre la unidad de la Iglesia recogen también el escándalo de esta división:

«La vocación de la Iglesia es proclamar la reconciliación y ofrecer la curación, para superar las divisiones basadas en la raza, el sexo, la edad, la cultura o el color, y llevar a todos y a todas a la comunión con Dios. Por el pecado y la falsa interpretación de los diversos dones del Espíritu, las Iglesias se hallan dolorosamente divididas en su interior y entre sí. Y sus escandalosas divisiones menoscaban la credibilidad del testimonio que aportan al mundo en su culto y su servicio. Y lo que es más, contradicen no sólo el testimonio de la Iglesia sino su naturaleza misma»³.

³ *Ibid.*, n. 18.1.2.

III. DIFICULTADES CONCRETAS EN EL CAMINO ECUMÉNICO

La meditación ecuménica del Papa es enormemente comprometida al recoger y potenciar todas las afirmaciones del Concilio Vaticano II que reflejan y subrayan la unidad espiritual ya existente entre las Iglesias. Estas afirmaciones son claras y deberán tener consecuencias eclesiales en el momento de evaluar el grado de acercamiento o el grado de unidad espiritual ya conseguido entre las iglesias

Pero, antes de formular cualquier afirmación ecuménica, hay que insistir en el hecho de que «al recordar la división de los cristianos, el Decreto sobre el ecumenismo no ignora la 'culpa de los hombres por ambas partes' (UR 3), reconociendo que la responsabilidad no se puede atribuir únicamente a los 'demás'» (n. 11).

Después del reconocimiento de esta culpa mutua tiene sentido afirmar que «fuera de la comunidad católica no existe el vacío eclesial» (n. 13), es decir, que «los elementos de santificación y de verdad presentes en las demás Comunidades cristianas, en grado diverso unas y otras, constituyen la base objetiva de la comunión existente, aunque imperfecta, entre ellas y la Iglesia Católica» (n. 11).

En fin, la aceptación de la fe trinitaria, la justificación por la fe en el Bautismo, la incorporación profunda a la persona y al misterio de Cristo son realidades fundamentales que obligan a todos miembros de las diversas iglesias a honrarse con el nombre de cristianos y a reconocerse mutuamente como «hermanos en el Señor». La unidad visible no es perfecta, pero lo conseguido «es ya un don inmenso que Dios ha concedido y que merece toda nuestra gratitud» (n. 41).

A partir de estas afirmaciones es posible esperar la progresiva resolución de las divergencias doctrinales aún existentes, que ya son objeto de investigación en los numerosos diálogos doctrinales actualmente en curso.

Sin embargo, además de estos procesos de investigación objetiva, presididos por la sinceridad dialogal y el realismo teológico, hay que plantear otros cambios que se refieren a raíces psicológicas individuales y colectivas profundas, que obligan a todas las iglesias a una nueva, humilde y dolorosa objetividad.

Se trata ni más ni menos de algo tan difícil como «reconocer juntos con sincera y total objetividad los errores cometidos y los factores contingentes que intervinieron en el origen de sus lamentables separaciones» (n. 2).

Las siguientes constataciones deberían ser objeto de profunda meditación por parte de todos los cristianos y de todas las iglesias aún separadas, porque los diálogos teológicos no acaban de vencer por sí solos el peso y la inercia disgregadora de las realidades que vamos a nombrar.

Así:

1. «Los cristianos no pueden minusvalorar el peso de las *incomprensiones ancestrales* que han heredado del pasado, de los *malentendidos* y *prejuicios* de los unos contra los otros». No pocas veces, continua la Encíclica, «la *inercia*, la *indiferencia*, y un *insuficiente conocimiento recíproco* agravan estas situaciones» (n. 2).

Quiero hacer hincapié en la pervivencia del mutuo desconocimiento que impide hacer una valoración equilibrada de los otros y nos inmoviliza en posturas ya trasnochadas o que, simplemente, no corresponden a la realidad. Este desconocimiento realmente es mutuo e influye constantemente en el modo de enjuiciar la fidelidad evangélica de unos y de otros. Se impone aquí una revisión de nuestros modos de pensar, por ejemplo, de los católicos españoles respecto a las grandes Iglesias históricas y, también, de los protestantes españoles respecto a ciertas posturas y «dogmas» católicos que no corresponden a la realidad dogmática defendida por nuestra Iglesia.

2. Este comportamiento es, sin duda, difícil. «Por este motivo, el compromiso ecuménico debe basarse en la *conversión de los corazones* y en la *oración*» (n. 2). El ecumenismo es obra de la acción del Espíritu Santo en los corazones de todos los cristianos y en todos los hombres de buena voluntad. Nunca insistiremos demasiado en la verdad de que sin conversión y sin oración no existe un auténtico ecumenismo.

3. «Lo cual llevará incluso a la necesaria *purificación de la memoria histórica*» (n. 2).

Es decir, debemos leer la historia con unos mismos ojos, porque es la historia de la totalidad de nuestra propia familia cristiana. Los errores, las faltas, los pecados son errores, faltas y pecados de todos. Por eso es imprescindible el reconocimiento de esta culpa colectiva. Solamente así es posible esta purificación de la memoria histórica: «Con la gracia del Espíritu Santo, los discípulos del Señor, animados por el

amor, por la fuerza de la verdad y por la voluntad sincera de *perdonarse mutuamente y reconcilarse, están llamados a reconsiderar juntos su doloroso pasado* y las heridas que desgraciadamente éste sigue produciendo también hoy» (n. 2).

4. Por último, todos los cristianos de modo individual y las iglesias, de modo oficial y colectivo, «están invitados por la energía siempre nueva del Evangelio a reconocer juntos con sincera y total objetividad los *errores cometidos* y los *factores contingentes* que intervinieron en el origen de sus lamentables separaciones. Es necesaria *una sosegada y limpia mirada de verdad*, vivificada por la misericordia divina, capaz de liberar los espíritus y suscitar en cada uno una renovada disponibilidad, precisamente para anunciar el Evangelio a los hombres de todo pueblo y nación» (n. 2).

IV. METODOLOGÍA ECUMÉNICA EN EL PROCESO HACIA LA UNIDAD

Después de constatar que la unidad que el Señor dió a su Iglesia «no es accesoria, sino que está en el centro mismo de su obra» y que «pertenece al ser mismo de la comunidad» (n. 9), la Encíclica concibe la acción ecuménica como «un imperativo de la conciencia cristiana iluminada por la fe y guiada por la caridad» (n. 8), que trata precisamente de hacer crecer la comunión parcial existente entre los cristianos hacia la comunión plena en la verdad y en la caridad (n. 14).

Por ello, el compromiso ecuménico de la Iglesia Católica implica un esfuerzo constante e —irreversible» (n. 3)— en la aplicación de esta metodología de búsqueda de la verdad y del perdón, hasta conseguir «el restablecimiento de la plena unidad visible de todos los bautizados» (n. 77).

Los pasos que presentamos a continuación responden a este proceso constante que, según la metodología ecuménica propuesta por el capítulo primero de la Encíclica *Ut unum sint*, nace de la verdad y no olvida nunca las exigencias universales de la caridad.

1. *Renovación y conversión*

Pasando de los principios, del imperativo de la conciencia cristiana, «a la realización del camino ecuménico hacia la

unidad» (n. 15), la Encíclica pone sobre todo de relieve *la necesidad de la conversión interior*, personal y comunitaria.

Esta conversión consiste en dirigirse de modo más radical a Cristo y al Evangelio, y también en contemplar las «maravillas de Dios» en los nuevos espacios, en los que el Dios Trinitario suscita la acción de gracias: la percepción de que el Espíritu actúa en las otras Comunidades cristianas, el descubrimiento de ejemplos de santidad, la experiencia de las riquezas ilimitadas de la comunión de los santos, el contacto con aspectos indispensables del compromiso cristiano» (n. 15).

En la metodología ecuménica hay que partir siempre de las implicaciones derivadas de esta afirmación comprometida: «no hay verdadero ecumenismo sin conversión interior» (UR 7, citado en el n. 15).

2. Renovación, conversión y reforma

Esta conversión no es sincera, sobre todo en las iglesias, si no viene acompañada de una clara renovación o incluso de una decidida *reforma*. Porque, como ya señalaba el Concilio,

«La Iglesia, peregrina en este mundo, es llamada por Cristo a esta reforma permanente de la que ella, como institución terrena y humana, necesita continuamente, de modo que si algunas cosas, por circunstancias de tiempo y lugar, hubieran sido observadas menos cuidadosamente [...] deben restaurarse en el momento oportuno y debidamente» (UR 6).

La reforma de la Iglesia pide que «las Comunidades cristianas se ayuden mutuamente para que en ellas esté verdaderamente presente todo el contenido y todas las exigencias de 'la herencia transmitida por los Apóstoles'» (n. 78).

Esta ayuda mutua en la búsqueda de la verdad es «una forma suprema de caridad evangélica» (n. 78) que se está realizando en todas las comisiones mixtas internacionales de diálogo teológico.

El diálogo teológico ha hecho avanzar mucho la conciencia de una unidad fundamental —aunque parcial— entre las Iglesias. A partir de esta constatación, la Encíclica afirma que «se debe pasar ahora a la necesaria y suficiente unidad visible, que se exprese en la realidad concreta de modo que las Iglesias realicen verdaderamente el signo de aquella

comunidad plena en la Iglesia una, santa, católica y apostólica que se realizará en la concelebración eucarística. [...] Para ello es necesario no imponer más cargas de las indispensables (cf. Hech 15,28)» (n. 78).

¿Qué significa y que contiene «la necesaria y suficiente unidad visible...de modo que las Iglesias realicen verdaderamente el signo de aquella comunión plena...»?.

Por un lado, no hay que olvidar que «el fin último del Movimiento ecuménico es el restablecimiento de la plena unidad visible de todos los bautizados» (n. 77). Por otro lado, la Encíclica nombra los argumentos tradicionales que desde el punto de vista católico deben ser profundizados para alcanzar el verdadero consenso de fe⁴.

Pero además, el Papa plantea como un tema ineludible de reflexión ecuménica «la cuestión del primado del Obispo de Roma» (n. 89) que ha entrado en una nueva fase de análisis teológico desde la Quinta Asamblea Mundial de «Fe y Constitución» (Santiago de Compostela 1993). En este sentido, el Papa está convencido de tener una responsabilidad particular que le empuja a «escuchar la petición que se me dirige de encontrar una forma de ejercicio del primado que, sin renunciar de ningún modo a lo esencial de su misión, se abra a una situación nueva» (n. 95).

¿Que significa esta afirmación? ¿qué alcance debemos y podemos atribuirle?. En todo caso, esta afirmación constituye una novedad a tener en cuenta en el pensamiento ecuménico desarrollado por la Encíclica.

⁴ «Desde ahora es posible indicar los argumentos que deben ser profundizados para alcanzar un verdadero consenso de fe: 1) las relaciones entre la sagrada Escritura, suprema autoridad en materia de fe, y la sagrada Tradición, interpretación indispensable de la palabra de Dios; 2) la Eucaristía, sacramento del Cuerpo y Sangre de Cristo, ofrenda de alabanza al Padre, memorial sacrificial y presencia real de Cristo, efusión santificadora del Espíritu Santo; 3) el Orden, como sacramento, bajo el triple ministerio del episcopado, presbiterado y diaconado; 4) el Magisterio de la Iglesia, confiado al Papa y a los Obispos en comunión con él, entendido como responsabilidad y autoridad en nombre de Cristo para la enseñanza y salvaguardia de la fe; 5) la Virgen María, Madre de Dios e Icono de la Iglesia, Madre espiritual que intercede por los discípulos de Cristo y por toda la humanidad» (n. 79).

3. *Importancia fundamental de la doctrina*

La afirmación es simple y clara:

«La unidad querida por Dios sólo se puede realizar en la adhesión común al contenido íntegro de la fe revelada. En materia de fe, una solución de compromiso está en contradicción con Dios que es la Verdad» (n. 18).

Esta afirmación es simple y clara. Aparentemente, porque, «*sin embargo...* la doctrina debe presentarse de un modo que sea comprensible para aquellos a quienes Dios la destina» (n. 19).

¡Y aquí comienzan los problemas! Puesto que «por su naturaleza la verdad de fe está destinada a toda la humanidad, exige ser traducida a todas las culturas...La expresión de la verdad puede ser multiforme» (n. 19). Y no solamente debe considerarse la renovación *del modo* de expresar la fe, «*sino de la misma vida de fe*» (n. 19).

Con esto aparece al importancia del Movimiento ecuménico, que no «es sólo un mero 'apéndice', que se añade a la actividad tradicional de la Iglesia. Al contrario, pertenece orgánicamente a su vida y a su acción y debe, en consecuencia, inspirarlas...» (n. 20). Es decir, el estudio y presentación de la verdad revelada; la constatación de la posible fidelidad o infidelidad histórica al depósito revelado; la validez o no validez de las diversas respuestas históricas representadas por las diversas Iglesias históricas, todo esto pertenece de lleno a la vida interna de la Iglesia, al ejercicio de su misión predicadora en el mundo y a su vocación de construir la auténtica *koinonía* entre Dios y los hombres, y entre los hombres entre sí. Por eso el ecumenismo está en el mismo corazón de la Iglesia⁵ y de la humanidad⁶.

⁵ «Creer en Cristo significa querer la unidad; querer la unidad significa querer la Iglesia; querer la Iglesia significa querer la comunión de gracia que corresponde al designio del Padre desde toda la eternidad. Este es el significado de la oración de Cristo: *Ut unum sint*» (n. 9).

⁶ «Cuando afirmo que para mí, Obispo de Roma, la obra ecuménica es 'una de las prioridades pastorales' de mi pontificado¹⁵⁷, pienso en el grave obstáculo que la división constituye para el anuncio del Evangelio. Una Comunidad cristiana que cree en Cristo y desea, con el ardor del Evangelio, la salvación de la humanidad, de ningún modo puede cerrarse

Las formulas que ayudan a la transmisión de la fe, su inteligibilidad en contextos culturales histórica y geográficamente diversos, su repercusión en la misma vida sacramental y cúlrica, las expresiones colectivas y eclesiales de todos estos modos de vida y fórmulas dogmáticas...todo esto genera una nueva problemática que no hace más que crecer al aumentar también la sensibilidad ante el valor de los diversos «contextos» en que se desarrolla la vida cristiana.

Y, aunque en este momento la Encíclica no alude el tema, es evidente que ante un pluralismo cada vez mayor se planteará también de un modo nuevo el problema de determinar las instancias doctrinales con poder real decisorio ante la posible y legítima validez de diversas formulaciones en la doctrina y en el culto. El tema del ministerio del obispo de Roma, como «signo visible y garantía de la unidad» (n. 88) recibe desde esta perspectiva una nueva y más amplia dimensión.

4. *Primacía de la oración*

El proceso ecuménico exige un interés especial para conocer mejor a nuestros hermanos y un esfuerzo intelectual para saber valorar la verdad y el grado de legitimidad de sus afirmaciones dogmáticas.

El amor es imprescindible para este conocimiento y esta valoración:

a la llamada del Espíritu que orienta a todos los cristianos hacia la unidad plena y visible. Se trata de uno de los imperativos de la caridad que debe acogerse sin compromisos. El ecumenismo no es sólo una cuestión interna de las Comunidades cristianas. Refleja el amor que Dios da en Jesucristo a toda la humanidad, y obstaculizar este amor es una ofensa a Él y a su designio de congregar a todos en Cristo. El Papa Pablo VI escribía al Patriarca ecuménico Atenágoras I: 'Pueda el Espíritu Santo guiarnos por el camino de la reconciliación, para que la unidad de nuestras Iglesias llegue a ser un signo siempre más luminoso de esperanza y de consuelo para toda la humanidad'.¹⁵⁸ (n. 99).

¹⁵⁷ Discurso a los Cardenales y a la Curia Romana (28 junio 1985) 4: AAS 77 (1985), 1151.

¹⁵⁸ Carta del 13 de enero de 1970: *Tomos agapis*. Vatican-Phanar (1958-1970) (Roma-Estambul 1971), 610-611.

«El amor es artífice de comunión entre las personas y entre las Comunidades».

«El amor es la corriente profundísima que da vida e infunde vigor al proceso hacia la unidad» (n. 21).

Por otro lado, «este amor halla su expresión más plena en la oración común», porque ésta «se convierte por sí misma en expresión y confirmación de la unidad» que ya poseemos en Cristo.

Muchas son las razones que fundamentan la importancia de la oración común entre los cristianos como medio para recorrer el camino hacia la unidad plena y superar los obstáculos que la impiden:

A. «Si los cristianos, a pesar de sus divisiones, saben unirse cada vez más en oración común en torno a Cristo, crecerá en ellos la conciencia de que es menos lo que los divide que lo que los une» (n. 22).

B. «Si se encuentran más frecuentemente y asiduamente delante de Cristo en la oración, hallarán fuerza para afrontar toda la dolorosa y humana realidad de las divisiones, y de nuevo se encontrarán en aquella comunidad de la Iglesia que Cristo forma incesantemente en el Espíritu Santo, a pesar de todas las debilidades y limitaciones humanas» (n. 22).

C. «En la oración nos reunimos en el nombre de Cristo que es Uno. El es nuestra unidad» (n. 23).

D. «La oración «ecuménica» está al servicio de la misión cristiana y de su credibilidad. Por eso debe estar particularmente presente en la vida de la Iglesia y en cada actividad que tenga como fin favorecer la unidad de los cristianos» (n. 23).

E. «La oración, la comunidad de oración, nos permite reencontrar siempre la verdad evangélica de las palabras «*uno solo es vuestro Padre*» (Mt 23, 9), aquel Padre, Abba, al cual Cristo mismo se dirige. El que es Hijo unigénito de la misma sustancia. Y además: «*Uno solo es vuestro Maestro; y vosotros sois todos hermanos*» (Mt 23, 8). La oración «ecuménica» manifiesta esta dimensión fundamental de fraternidad en Cristo, que murió para unir a los hijos de Dios dispersos, para que nosotros, llegando a ser hijos en el Hijo (cf. Ef 1, 5), reflejésemos más plenamente la inescrutable realidad de la paternidad de Dios, y, al mismo tiempo, la verdad sobre la humanidad propia de cada uno y de todos» (n. 26).

F. «La conversión del corazón, condición esencial de toda auténtica búsqueda de la unidad, brota de la oración y ésta la lleva hacia su cumplimiento: «Los deseos de unidad brotan y maduran como fruto de la renovación de la mente, de la negación de sí mismo y de una efusión libérrima de la caridad. Por ello, debemos *implorar del Espíritu divino* la gracia de una sincera abnegación, humildad y mansedumbre en el servicio a los demás y espíritu de generosidad fraterna hacia ellos» (UR 7) (n. 26).

El hablar de la oración necesaria para el trabajo ecuménico, no podemos olvidar las solemnes palabras del Concilio Vaticano II que, desde su propia experiencia de la vida eclesial,

«se declara consciente de que este santo propósito de reconciliar a todos los cristianos en la unidad de la una y única Iglesia de Jesucristo excede las fuerzas y la capacidad humana. Por eso pone toda su esperanza en la oración de Cristo por la Iglesia, en el amor del Padre para con nosotros, en la virtud del Espíritu Santo» (UR 24).

La oración ciertamente es y debe ser el «alma de todo el Movimiento ecuménico» (UR 8).

5. *Diálogo ecuménico*

El diálogo no es sólo un intercambio de ideas. «Siempre es de todos modos un «intecambio de dones» (LG 13) y «es paso obligado del camino a recorrer hacia *la autorrealización del hombre*, tanto del *individuo* como también de *cada comunidad humana*» (n. 28).

Por lo mismo, el paso previo al diálogo supone una actitud profunda de respeto, de valorización del otro, de esfuerzo «para eliminar palabras, juicios y acciones que no respondan, según la justicia y la verdad, a la condición de los hermanos separados, y que por lo mismo hagan más difíciles las relaciones mutuas con ellos» (UR 4).

En el diálogo ecuménico, evidentemente «hay una exigencia de reciprocidad» que obliga por igual a los dialogantes y excluye toda postura de orgullo y superioridad. El diálogo se realiza en la verdad y en la caridad. «Cuando se empieza a dialogar, *cada una de las partes debe presuponer una*

voluntad de reconciliación en su interlocutor, de unidad en la verdad» (n. 29)

Por eso, «es necesario pasar de una situación de antagonismo y de conflicto a un nivel en el que uno y otro se reconocen recíprocamente como *asociados*» y «deben evitarse las manifestaciones de recíproca oposición» (n. 29).

La importancia del diálogo ecuménico está en que, por su medio, «todos adquieren un conocimiento más auténtico y *una estima más justa* de la doctrina y de la vida de cada Comunión» (n. 32). Además, el diálogo tiene mucho de examen de conciencia y «exige que la conciencia de los cristianos, hermanos divididos entre sí, y sus obras se conformen a la oración de Cristo por la unidad» (n. 33). En este sentido, el diálogo puede llamarse y transformarse en «diálogo de conversión» y, por tanto, en auténtico «diálogo de salvación». Esto abre entre los hermanos separados «un espacio interior en donde Cristo, fuente de unidad de la Iglesia, puede obrar eficazmente, con toda la potencia de su Espíritu Paráclito» (n. 35).

El diálogo es también un instrumento natural para confrontar diversos puntos de vista y sobre todo «examinar las divergencias que obstaculizan la plena comunión de los cristianos entre sí» (n. 36). El amor a la verdad es la dimensión más profunda de la auténtica búsqueda de la plena comunión entre los hermanos. En este sentido, la doctrina debe presentarse con toda claridad, evitando «absolutamente toda forma de reduccionismo o de fácil «estar de acuerdo» (n. 36).

Existen, además, otros criterios que deben tenerse en cuenta, como «la jerarquía de verdades», las diferentes y legítimas formulaciones en las que una misma doctrina puede expresarse, los diversos sobreentendidos que a veces esconden sentidos idénticos bajo distintas palabras, los intentos legítimos de escrutar una misma realidad dogmática bajo perspectivas, no incompatibles sino diversas (nn. 37-38).

En fin, «el ecumenismo auténtico es una gracia de cara a la verdad» (n. 38). Por eso, las divergencias que afectan la fe «deben ser afrontadas con espíritu sincero de caridad fraterna, de respeto de las exigencias de la propia conciencia y la del prójimo, con profunda humildad y amor a la verdad» (n. 39).

No olvidemos nunca que nuestra percepción intelectual de la única Verdad es siempre parcial y que, por ello mismo, el diálogo ecuménico ha permitido y permitirá siempre «descubrimientos inesperados» (n. 38).

6. Colaboración práctica

Los diversos aspectos de esta metodología ecuménica «prevén y exigen desde ahora cualquier posible colaboración práctica en los diversos ámbitos: pastoral, cultural, social, e incluso en el testimonio del mensaje del Evangelio» (n. 40). Esta cooperación, verdadera escuela de ecumenismo, «es un camino dinámico hacia la unidad. La unidad de acción lleva a la plena unidad de fe» (n. 40).

Es lo que la Tercera Conferencia Mundial de «Fe y Constitución», en Lund (1952), estableció como «*el principio de Lund*», al preguntar a las Iglesias «si no debieran actuar juntas en todos los asuntos, salvo aquello en que profundas diferencias de convicción las compelan a actuar separadamente?»⁷.

En el mundo actual, la colaboración y el testimonio común de todas las iglesias llegaría a ser «un instrumento de evangelización en beneficio de unos y otros» (n. 40). La Asam-

⁷ «3. Ahora hemos llegado a un punto crucial en nuestras discusiones ecuménicas. Al conocernos mejor los unos a los otros, nuestros ojos han visto la profundidad y lo doloroso de nuestras separaciones y también nuestra unidad fundamental. Ahora, la medida de unidad que les ha sido dado experimentar a las iglesias reunidas debe ser claramente manifestada.

Una fe en la unidad de la Iglesia de Cristo que no esté acompañada de actos de obediencia es una fe muerta. Hay verdades acerca de la naturaleza de Dios y de su Iglesia que permanecerán para siempre ocultas a no ser que nosotros actuemos juntos en obediencia a la unidad que ya poseemos. Por consiguiente, debemos pedir ardientemente a nuestras iglesias que consideren si estamos haciendo todo lo que deberíamos hacer para manifestar la unidad del pueblo de Dios. ¿No debieran nuestras iglesias preguntarse si están mostrando suficiente ansiedad por entrar en conversación con otras iglesias, y si no debieran actuar juntas en todos los asuntos, salvo aquello en que profundas diferencias de convicción las compelan a actuar separadamente? ¿No debieran reconocer el hecho de que a menudo se dejan separar unas de otras por fuerzas e influencias seculares en lugar de testificar juntas el señorío exclusivo de Cristo, quien reúne a su pueblo de todas las naciones, razas y lenguas?

4. La obediencia a Dios exige también que las iglesias busquen la unidad en su misión en el mundo. Somos copartícipes en la incapacidad de llevar el mensaje cristiano a las masas de la humanidad. Pero es precisamente a esas masas a las que tenemos la obligación de predicar el Evangelio único, y manifestar la unidad de la Iglesia»: L. Vischer (ed.), *Textos y Documentos de la Comisión Fe y Constitución, 1910-1968* (Salamanca 1972) 86 s (nn. 3-4).

blea Mundial de Santiago de Compostela (1993) desarrolló ampliamente esta temática en la Sección IV: *Llamados a dar un testimonio común para la renovación del mundo*. Los cinco aspectos tratados están directamente relacionados con este deseable testimonio común, ecuménico: la Iglesia y la humanidad en la perspectiva del Reino; la misión y la evangelización; el diálogo con creyentes de otras religiones; la obediencia como compromiso moral colectivo y la salvaguarda de la creación.

Por otra parte, la Asamblea Ecueménica de Graz (1997) sin duda alguna será el lugar apropiado para responder con una sola voz cristiana a los graves desafíos planteados a nuestra fe común.

Y por último, ante *el Tercer Milenio que se acerca*, el Papa afirma con esperanza:

«Entre las súplicas más fervientes de este momento excepcional al acercarse un nuevo Milenio, la Iglesia implora del Señor que prospere la unidad entre todos los cristianos de las diversas Confesiones hasta alcanzar la plena comunión. Deseo que el Jubileo sea la ocasión adecuada para una fructífera colaboración en la puesta en común de tantas cosas que nos unen y que son ciertamente más que las que nos separan» (*Tertio Millennio Adveniente*, n. 16).

La cooperación fundada en la fe común, no tiene sólo la riqueza de la comunión fraterna, «sino que es una epifanía de Cristo mismo» (n. 40).

HÉCTOR VALL SJ
Institut de Teologia Fonamental
S. Cugat del Vallés (Barcelona)

SUMMARY

An analysis is made of the ecumenical methodology of *Ut unum sint* in its theological presuppositions. The authors starts off from the ecclesial note of unity, inscribed in the universal design of salvation. Division is contrary to the will of Christ. It concentrates on the difficulties of ecumenism, the weight of the past, and proposes a way to overcome it: (1) renewal and conversion, (2) reform, (3) attention to doctrine, (4) primacy of prayer, (5) dialogue, and (6) practical collaboration. Dialogue implies reciprocity, only possible in the examination of conscience and love for the truth from which we cannot back away. Collaboration calls our attention back to the «Lund principle» (1952): this urges that the Churches should do together everything which their faith does not oblige them to do separately.